

lengua. No titularé, pues, mi cuento Francisco el Bastardo, sino Francisco el Expósito (el *Champi*) (1), es decir el niño abandonado en el campo, como antes se decía en sociedad, y como aun se dice en nuestro país.

(1) De *champ*, campo. — *N. del T.*



I

Una mañana en que Magdalena Blanchet, la joven molinera del Cormouer, iba al extremo de su prado para lavar en la fuente, encontró á un niño sentado delante de su tablilla y jugando con la paja que sirve de almohadón á las rodillas de las lavanderas. Después de haber divisado al niño, Magdalena Blanchet quedó asombrada de no conocerlo, pues no hay por allí ningún camino de tránsito, y sólo se encuentra gente de los andurriales.

«¿Quién eres, hijito?» preguntó ella al muchacho

que la miraba con aire de confianza, pero que no pareció comprender su pregunta. «¿Cómo te llamas?» repuso Magdalena Blanchet haciéndole sentar á su lado y arrodillándose para lavar.

— Francisco, contestó el niño.

— Francisco ¿qué?

— ¿Qué?, dijo el muchacho con sencillez.

— ¿De quién eres hijo?

— ¡No lo sé, no!

— ¡No sabes el nombre de tu padre!

— No tengo padre.

— ¿Murió?

— No lo sé.

— ¿Y tu madre?

— Allí, dijo el niño señalando á una casita muy pobre que se hallaba á dos tiros de escopeta del molino y cuya chamiza se veía á través de los sauces.

«¡Ah! ya sé, repuso Magdalena, ¿es la mujer que ha venido á vivir aquí, y que se mudó ayer tarde?»

— Sí, contestó el muchacho.

— ¿Vivíais en Mers?

— No sé.

— Eres un chico que sabe muy poco. ¿Sabes al menos el nombre de tu madre?

— Sí, es la Sabel.

— Sabel ¿qué? ¿No le conoces otro nombre?

— ¡No!

— Lo que sabes no te cansará el cerebro, dijo Magdalena sonriendo y empezando á lavar su ropa.

— ¿Cómo dice usted?, preguntó el chico.

Magdalena volvió á mirarle; era un hermoso niño, con magníficos ojos. «¡Lástima que parezca tan tonto!» pensó ella.

Y le preguntó luego:

— ¿Cuántos años tienes? Quizá tampoco lo sabes.

La verdad es que no estaba más enterado de esto que de lo demás. Hizo lo que pudo para contestar, avergonzado tal vez de que la molinera le echase en cara su ignorancia, y se descolgó con esta admirable réplica:

— ¡Dos años!

— ¡Oh! ¡oh!, repuso Magdalena retorciendo su ropa sin volverle á mirar, eres un verdadero idiota, y se han cuidado poco de instruirte, muchacho. Á juzgar por tu estatura, tienes al menos seis años, pero por lo que toca al raciocinio, ni dos años tienes.

— ¡Puede que sí!, replicó Francisco. Luego, haciendo otro esfuerzo sobre sí mismo, como para sacudir el entumecimiento de su pobre alma, dijo: ¿Preguntaba usted cómo me llamo? Me llaman Francisco el Expósito.

— ¡Ah! comprendo, dijo Magdalena dirigiéndole una mirada de compasión; y ya no se asombró de ver aquel hermoso niño tan sucio, tan andrajoso y tan abandonado al atontamiento de su edad.

— No vas bastante abrigado, le dijo, y no hace nada de calor. ¿Apuesto á que tienes frío?

— No sé, contestó el pobre expósito, tan acostumbrado á sufrir que ya no lo notaba.

Magdalena suspiró. Pensó en su Juanito, que no tenía más que un año y que dormía bien calentito en su cuna, guardado por su abuela, mientras que aquel pobre expósito temblaba de frío, solo, junto á la fuente, únicamente preservado de ahogarse en ella por la bondad de la Providencia, pues era bastante simple para no sospechar que el que se cae al agua se muere.

Magdalena, que tenía un corazón muy caritativo, cogió el brazo del niño y lo encontró caliente, aunque se estremecía á ratos y estaba muy pálido.

— ¿Tienes fiebre?, preguntó.

— No sé, contestó el niño que la tenía siempre.

Magdalena Blanchet se quitó el chal de lana que le cubría las espaldas y abrigó con él al expósito, que la dejó hacer y no manifestó sorpresa ni satisfacción. Cogió toda la paja que tenía debajo de las rodillas y le arregló una cama en que no tardó en dormirse. Magdalena acabó de lavar los pañales de su Juanito, y lo hizo con presteza, porque le criaba y tenía prisa de ir á darle de mamar.

Una vez lavado todo, la ropa mojada pesaba el doble y la molinera no pudo llevársela toda. Dejó su pala y parte de su provisión al borde del agua, prometiéndose despertar al expósito al volver de su casa, á donde llevó de pronto todo lo que pudo cargar. Magdalena Blanchet no era grande ni fuerte. Era muy bonita, animosa, y renombrada por su afabilidad y su buen sentido.

Al abrir la puerta de su casa, oyó en el puentecito

de la esclusa un ruido de zuecos, que la seguía, y, volviéndose, vió al expósito que la había alcanzado y le traía su pala, su jabón, el resto de su ropa y su chal de lana.

— ¡Oh! oh!, dijo ella poniéndole la mano en el hombro, no eres tan tonto como yo me figuraba; eres servicial, y el que tiene buen corazón nunca es tonto. Entra, hijo mío, ven á descansar. ¡Mirad este niño!... ¡lleva una carga más pesada que él!

— Ved, madre, dijo á la vieja molinera que le presentaba á su hijo fresco y risueño, aquí hay un pobre expósito que parece estar enfermo. Vos que entendéis de fiebres, á ver si le curáis.

— ¡Ah! ¡es la fiebre de la miseria!, contestó la vieja mirando á Francisco; eso se curaría con buenas sopas, pero no tiene. Es el expósito de esa mujer que se mudó ayer, la inquilina de tu marido. Parece una desdichada, y me temo que á menudo no pague.

Magdalena no contestó. Sabía que su suegra y su marido eran poco compasivos y que tenían más amor al dinero que al prójimo. Dió de mamar á su hijo, y cuando la vieja hubo salido para ir á buscar sus gansos, cogió á Francisco de la mano, y, con su hijo en el otro brazo, se fué á casa de la Sabel.

La Sabel, que se llamaba Isabel Bigot, era una solterona de cincuenta años, tan buena como se puede serlo con los demás cuando nada se posee y hay que temblar siempre por la miserable vida. Había tomado á Francisco, recién destetado de la nodriza, de

una mujer que acababa de morir, y le había criado después, á fin de cobrar algunos francos todos los meses y hacer de él su criadito; pero había perdido sus animales y tenía que buscar otros al fiado, tan pronto como pudiese, pues vivía solamente de un rebaño de ovejas y de una docena de gallinas que, por su lado, vivían sobre las tierras comunales. El empleo de Francisco, hasta llegar á la edad de hacer su primera comunión, debía consistir en guardar aquel pobre rebaño al borde de los caminos, después de lo cual se le alquilaría lo más ventajosamente posible como porquero ó mozo de labranza, y, si tenía buenos sentimientos, daría á su madre adoptiva parte de su salario.

Era después de San Martín, y la Sabel había salido de Mers, dejando su última cabra en pago de un resto de alquiler debido. Venía á vivir en la cabaña dependiente del molino del Cormouer, sin más objeto de garantía que un camastro, dos sillas, un baúl y algunas vasijas de barro. Pero la vivienda era tan mala, tan desmantelada y tan pobre, que había que dejarla desierta ó correr el riesgo inherente á la pobreza de los inquilinos.

Magdalena habló con Sabel y vió en seguida que no era una mala mujer, que haría en conciencia todo lo posible para pagar, y que no dejaba de tener cariño á su expósito. Pero se había acostumbrado á verle sufrir sufriendo ella misma, y la compasión que la rica molinera manifestaba sentir por aquel pobre niño le causó de pronto más sorpresa que placer.



FRANCISCO EMPEZÓ Á TIRAR DE LA SABEL HACIA EL PRADO POR DONDE ACABABA DE VENIR

Cuando hubo vuelto de su sorpresa y comprendido que Magdalena no venía á pedirle sino á prestarle un favor, cobró confianza, le contó extensamente su historia, parecida á la de todos los desgraciados, y le dió muchísimas gracias por su interés. Magdalena le advirtió que haría todo lo posible para socorrerla; pero le rogó que no se lo dijese nunca á nadie, confesándole que no podría asistirle sino á escondidas y que no era ama en su casa.

Empezó por dejar á la Sabel su chal de lana, haciéndole prometer que lo cortaría aquella noche, para hacer con él un traje al expósito, y que no enseñaría los pedazos antes de coserlo. Vió bien que la Sabel se comprometía á ello de malá gana, y que encontraba el chal muy bueno y muy útil para sí misma. Tuvo que decirle que la abandonaría si, dentro de tres días, no veía al niño con su traje nuevo.

—¿Os figuráis, añadió, que mi suegra, que todo lo observa, no reconocería mi chal sobre vuestras espaldas? ¿Quisierais ocasionarme disgustos? Contad con que también os asistiré de otro modo, si sabéis guardar el secreto de estas cosas. Además, escuchad lo que os digo: vuestro expósito tiene fiebre, y, si no lo cuidáis se morirá.

—¿Eso creéis? dijo la Sabel; ¡qué pena sería para mí! porque este niño, creedme, tiene un corazón como hay pocos; no se queja nunca y es tan sumiso como un hijo de familia; es todo lo contrario de la mayoría de los expósitos, que son terribles y maliciosos.

— Porque se los repele y se los maltrata. Si éste es bueno, es porque sois buena también, tenedlo por seguro.

— Es verdad, repuso la Sabel: los niños tienen más conocimiento de lo que se cree. Éste no es listo, y sin embargo sabe muy bien ser útil. Hallándome yo enferma, el año pasado (él no tenía más que cinco), me cuidó como podría hacerlo una persona mayor.

— Me le enviaréis cada mañana y cada tarde, á la hora de dar la sopa á mi hijo. Haré en abundancia y se comerá las sobras. Nadie se fijará en ello.

— ¡Oh! es que no me atreveré á llevarlo, y, de sí, nunca tendrá conocimiento bastante para saber la hora.

— Hagamos una cosa. Cuando la sopa esté á punto, pondré mi rueca sobre el puente de la esclusa. De aquí se verá muy bien. Entonces enviará usted al niño con un zueco en la mano, como en busca de fuego, y como se comerá mi sopa, podréis comer toda la vuestra. Así os alimentaréis mejor los dos.

— Es verdad, contestó la Sabel. Veo que sois una mujer de talento, y he tenido suerte en venir aquí. Me habían asustado con vuestro marido que pasa por ser un hombre terrible, y si yo hubiese podido encontrar vivienda en otra parte, no hubiese tomado su casa, sobre todo cuando es mala y pide por ella mucho dinero. Pero veo que sois buena con los pobres y que me ayudaréis á criar á mi expósito. ¡Ah! ¡si la sopa pudiese cortarle la fiebre! ¡No me faltaría más que perder esta criatura! Todo lo que recibo del hos-

picio lo invierto en sostenerlo, pero le quiero como si fuera hijo mío, porque veo que es bueno y que me asistirá más tarde. ¿Sabéis que está bien desarrollado para su edad, y que pronto se hallará en condiciones de poder trabajar?

Así fué que Francisco el Expósito fué criado mediante los cuidados y el buen corazón de Magdalena la molinera. Pronto recobró la salud, porque estaba sólidamente constituido, y no había ricachón en el país que no hubiera deseado tener un hijo tan guapo de cara y tan bien formado. Además, era valiente como un hombre; nadaba en el río como un pez y se zambullía hasta debajo de la pala del molino, teniendo tan poco miedo al agua como al fuego; saltaba sobre los potros más traviesos y los conducía al prado sin pasarles siquiera una cuerda por las narices, valiéndose de los talones para hacerles andar derechos y agarrándose á las clines para saltar fosos con ellos. Y lo más singular era que hacía todo esto de una manera muy tranquila, sin ostentación, sin decir nada, y sin abandonar su aire sencillo y un poco descuidado.

Este aire era causa de que pasase por tonto; pero no es menos cierto que si había que sacar urracas del nido en la copa del álamo más alto, ó buscar una vaca extraviada lejos de la casa, ó matar un tordo de una pedrada, no había muchacho más osado, ni más hábil ni más seguro de lograrlo que él. Los demás chicos atribuían esto á la *buena suerte*, que pasa por ser el premio del expósito en este bajo mundo.

Así es que siempre le dejaban pasar el primero en las diversiones peligrosas.

«Éste, decían, no se hará nunca daño porque es expósito. El trigo de sembradura teme los estragos del tiempo; pero la mala semilla nunca muere.»

Todo marchó bien durante dos años. La Sabel se encontró con medios de comprar algunos animales; nadie se lo explicó. Prestó una multitud de pequeños servicios en el molino, y obtuvo que el molinero Blanchet hiciese reparar un cobertizo de su casa en que todo eran goteras. Pudo vestirse algo mejor, lo mismo que su expósito, y pareció poco á poco menos miserable que á su llegada.

La suegra de Magdalena hizo algunas observaciones bastante duras sobre la desaparición de varios objetos y sobre la cantidad de pan que se comía en la casa. Una vez Magdalena se vió obligada á acusarse á fin de no dejar que recayesen sospechas sobre Sabel; pero, contra lo que esperaba la suegra, Blanchet casi no se enfadó y hasta pareció querer hacer la vista gorda.

El secreto de esta complacencia es que Blanchet estaba aún muy enamorado de su mujer. Magdalena era bonita y nada coqueta; todo el mundo le felicitaba por ello, y, además, sus negocios iban muy bien; como era de esos hombres que no son malos sino por temor de ser desgraciados, guardaba á Magdalena más consideraciones de lo que se le hubiera creído capaz. Esto causaba algunos celos á la vieja Blanchet,

la cual se vengaba con pequeñas triquiñuelas que Magdalena soportaba sin quejarse nunca á su marido.

Era la mejor manera de hacer que terminaran pronto, y jamás se vió, respecto al particular, una mujer más paciente y razonable que Magdalena. Pero dicen en mi país que el provecho de la bondad se gasta más pronto que el de la malicia, y llegó un día en que Magdalena fué interrogada y reprendida de veras por sus actos caritativos.

Era un año en que el granizo había dañado los trigos y en que el desbordamiento del río había echado á perder los forrajes.

Blanchet no gustaba buen humor.

Un día en que volvía del mercado con uno de sus colegas que acababa de casarse con una chica muy guapa, este último le dijo:

— Tú también tuviste suerte en *tu época*, pues tu Madelona (1) era también muy agradable.

— ¿Qué quieres decir con *mi época* y *tu Madelona era*? ¡No parece sino que ella y yo somos viejos! Magdalena no tiene más que veinte años y no se ha vuelto fea que yo sepa.

— No, no, no digo eso, explicó el otro. Ciertamente Magdalena todavía es guapa; pero en fin, cuando una mujer se casa tan joven, antes de que pase mucho tiempo ya nadie se la mira. Cuando ha criado un niño,

(1) Así traducimos libremente *Madelon*, diminutivo francés de Madeleine.—*N. del T.*

ya está fatigada; y tu mujer no era de las más fuertes: en prueba de ello no hay más que ver lo flaca que está y el mal semblante que tiene. ¿Está enferma esa pobre Magdalena?

— Que yo sepa, no. ¿Por qué me preguntas eso?

— ¡Pse! ¿Qué quieres que te diga? Le encuentro un aire triste como una persona que sufre ó que se aburre. ¡Ah!, las mujeres son flores de un día. Es preciso que yo también me prepare á ver la mía con cara macilenta y aire serio. ¡Y así somos los hombres! Mientras nuestras mujeres nos dan celos, estamos enamorados de ellas. Nos enfadamos, gritamos, hasta pegamos á veces; esto las contrista y lloran; se recluyen en casa, nos temen, se aburren y cesan de amarnos. ¡Y nos quedamos tan satisfechos con ser los amos! Pero llega un día en que caemos en la cuenta de que si nadie codicia ya á nuestra mujer, es porque se ha vuelto fea, y entonces... ¡lo que son las cosas!.. cesamos de quererla y codiciamos la del prójimo. Adiós, Blanchet. Esta tarde has estado demasiado expresivo con mi mujer; bien lo vi y no dije nada. Si lo saco á relucir ahora es para decirte que no por eso dejaremos de ser buenos amigos, y que procuraré que mi mujer no se ponga tristonera como la tuya, porque me conozco: soy celoso y sería malo, y cuando yo no tuviese ningún motivo de estar celoso, aun sería peor...

Una buena lección aprovecha á buen espíritu; pero Blanchet, aunque inteligente y activo, tenía demasia-

do orgullo para tener buena cabeza. Llegó á su casa con los ojos encarnados y los hombros encogidos. Miró á Magdalena como si no la hubiese visto desde hacía tiempo. Observó que esbaba pálida y cambiada. Le preguntó si estaba enferma, en un tono tan rudo, que ella palideció aún más y contestó que estaba muy buena, con voz muy débil. El se enfadó, sabe Dios por qué, y se sentó á la mesa con ganas de buscar camorra á alguien. La ocasión no se hizo esperar mucho. Hablóse de la carestía del trigo, y la vieja Blanchet repitió la observación que hacía todas las noches de que comían demasiado pan. Magdalena no dijo una palabra. Blanchet quiso hacerla responsable del despilfarro. La madre declaró haber sorprendido aquella misma mañana, al expósito llevándose media torta. Magdalena hubiera debido enfadarse y hacerles frente, pero no supo más que llorar. Blanchet pensó en lo que había dicho su compadre y se irritó más; tanto que, desde aquel día (vayan ustedes á saber cómo, si pueden) el hombre cesó de amar á su mujer y la hizo desgraciada.